



Fernando García Fernández. *Nativos Interactivos. Los Adolescentes y sus Pantallas: Reflexiones Educativas*. Foro Generaciones Interactivas. Madrid. 2009. 103 págs.

A pesar del título, el autor no reflexiona sobre el *modus vivendi* de ninguna tribu urbana, y no, tampoco está hablando de una especie de extraños neoeremitas que llevan una vida de ostracismo voluntario en los rincones más recónditos de nuestra sociedad, sólo porque su obsesión por la informática y el cyberspacio ha hecho que el mundo no les comprenda, a la par que ellos tampoco se esfuerzan por entenderlo. En rigor, ni siquiera se trata de un estudio antropológico sobre los rasgos que configuran el perfil del “homo digitalis”.

No. Cuando Fernando García Fernández habla de los “nativos interactivos”, en realidad se está refiriendo a un colectivo bastante más numeroso de personas que llevan una vida mucho más normal y menos excéntrica que la de los punkies, los hippies o los rastafaris, por poner algún ejemplo. Nos habla, a decir verdad, de gente que tenemos muy cerca y a la que vemos día tras día, de seres por los que nos preocupamos, de aquellos a quienes más queremos: nos habla de nuestros hijos.

Siendo estrictos, lo cierto es que, realmente, las consideraciones que realiza este autor están mucho más orientadas hacia todos aquellos padres cuyos vástagos nacieron a principios / mediados de la década de los noventa, coincidiendo con la llegada formal de las TIC a nuestra vida cotidiana, lo que implica que nos hayamos tenido que ver obligados a destetarles en un mundo de hipermedias, *emails*, telefonía móvil, mensajes SMS, *chats*, foros, Internet y, en general, de gestión eficaz de una cantidad ingente de información, sustentado siempre en un soporte tecnológico neoliberal de permanente comunicación e interactividad.

La pregunta, pues, parece casi evidente: ¿existen entonces diferencias entre esta generación de niños criados desde su nacimiento en la Sociedad de la Información y el resto de las personas?. La respuesta

tampoco se le antoja difícil, dado que hace uso de un *sí* constante y rotundo durante toda la obra objeto de la presente recensión. De hecho, el matiz de denominar como “nueva generación” a todas estas personas nacidas en el seno del mundo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación es, quizá, la manera más elegante de poner sobre el tapete el hecho de que estos jóvenes hacen gala de un perfil de capacidades, modos de pensamiento y actitudes que, sencillamente, poco o nada tiene que ver con el de sus antecesores. Concretamente, el autor constata que estos nativos poseen, entre otros aspectos:

- Una poderosa capacidad para procesar grandes cantidades de información que, a la postre, les llega por muchos y diversos canales, si bien, todavía hacen poca gala de sentido crítico a la hora de su tratamiento, dada precisamente la velocidad del mismo.
- Serias dificultades para reflexionar sobre sus propias actitudes y conductas, dado que consideran que es mucho más importante hacer, que hacer bien. Así, no es difícil imaginarlos en acción constante.
- La imperiosa necesidad de recibir recompensas constantes e inmediatas en detrimento de gratificaciones que se materializan a corto / medio plazo. Les urge saber para qué sirve lo que van a realizar en el mismo instante en el que se proponen hacerlo.
- Una atención más diversificada que les confiere la potestad de llevar a cabo simultánea y eficazmente varias cometidos (escuchar música, *chatear* por el *messenger*, leer, estudiar, etc.), de ahí que pueda resultarnos un tanto paradójico comprobar cómo se concentran más y mejor a medida que aumenta el número de tareas a realizar paralelamente. Son la generación del multiprocesado.
- Movilidad en un contexto en el cual la información se estructura de una forma totalmente distinta a la convencional. Para ellos, un libro puede resultar casi tan extraño como el hipermedia para los adultos.
- La conciencia de haber crecido en un mundo interconectado, tanto sincrónica como anacrónicamente, lo que les ha generado la necesidad casi vital de permanecer constante-

mente conectados y, sobre todo, la capacidad de afrontar cada etapa y problema de la vida desde una perspectiva mucho más social e intercultural, al estar relacionándose constantemente con personas de todas las partes del globo y compartiendo con ellas sus vivencias, impresiones e inquietudes.

- Un denodado interés por vivir en mundos de fantasía y virtualidad que, a veces, difícilmente pueden diferenciar de la realidad. Este tipo de vida tiene tal importancia para ellos, que el hecho de asumir una identidad digital y mantenerla conforme a las exigencias de estos entornos les resulta, en no pocas ocasiones, más importante que el cuidado de su perfil real.
- Gran potencial para la aceleración de su desarrollo personal. Su crecimiento es diferente y queman etapas vitales muy rápidamente, pues las TIC les permiten el acceso al mundo adulto, lo que hace que interioricen sus reglas y su funcionamiento antes de lo que deberían, dada su madurez fisiológica y psicológica. Se hacen mayores, que no adultos, a pasos agigantados, y esto les está afectando, sin duda, a nivel evolutivo y psicosocial.

Y es que no podemos olvidar que les hemos criado en medio de videoconsolas, de ordenadores, de hipermedias, redes sociales y PDA, e incluso deberíamos afirmar que han nacido con un teléfono móvil pegado a la mano ya que, como constata García Fernández, un adolescente medio de tan sólo quince años, en su vida diaria, invierte la mayor parte de su tiempo hablando, enviando mensajes SMS, haciendo fotos, escuchando música o jugando a algún videojuego a través del móvil.

Tampoco se le ha escapado al autor, en su concienzudo análisis de las prácticas cotidianas de estos nativos interactivos con las TIC, ningún aspecto que no esté presente hoy día en cualquier debate relacionado con la educación de nuestros jóvenes (número de horas diarias de uso, recursos más utilizados, costumbres, consumo, personas con quienes se comparte información personal, etc.), pero sí que merece una especial mención el tratamiento que ha hecho acerca de todas las posibles consecuencias perversas que para un adolescente normal puede acarrear el uso indebido o poco afortunado de estas nuevas tecnologías. Entre estas posibles problemáticas, considera que las más importantes

y, en consecuencia, aquellas a las que debemos prestar mayor atención son:

- *Riesgos de contenido*: En clara referencia a la exposición de contenidos violentos, sexualmente explícitos, racistas, machistas, de incitación al terrorismo o que fomenten el consumo de drogas, la anorexia, la bulimia o el suicidio pues, por mucho que queramos negarlo, nuestros hijos pueden acceder todavía a este tipo de material con bastante facilidad.
- *Riesgos de contacto*: Derivados de la comunicación interpersonal a través de las TIC (*messengers, chats, redes sociales, etc.*) y que pueden hacer que estos jóvenes nativos entren en trato con criminales, pederastas, acosadores sexuales, piratas informáticos, etc.
- *Riesgos de privacidad*: Referidos a la invasión de la intimidad personal, pudiendo darse situaciones como la petición o uso de datos personales con fines fraudulentos o manipulación del contenido de nuestro ordenador por delincuentes informáticos.
- *Riesgos comerciales*: Como fruto de la actividad publicitaria y mercantil constante a la que estamos expuestos por el uso de las TIC, pudiendo presentarse a la hora de realizar transacciones comerciales o mediante la publicidad engañosa, por no hablar directamente de la piratería.
- *Riesgos por uso desmedido*: En los que la utilización de las TIC con una duración excesiva o en momentos inadecuados puede transformarse en la antesala de serias adicciones.
- *Riesgos por ciberbullying*: El problema de más reciente aparición, y en donde se recurre a las TIC como instrumento de acoso a algún compañero con la finalidad de someterle a diversas modalidades de violencia psicosocial. Un espectáculo que, tristemente, cada vez parece más extendido entre nuestros jóvenes.

Quizá el mensaje más importante, dada la exhaustiva investigación llevada a cabo por el autor y por el Foro Generaciones Interactivas, sea el hecho de que, por muchos discursos que nos encontremos en la literatura específica al respecto de la necesidad de fomentar entre

nuestros hijos el uso crítico de las TIC, seguramente somos los principales responsables de que esta aspiración no llegue a buen puerto, en tanto que nos sentamos poco con ellos a la hora de utilizar estas tecnologías y, sobre todo, les permitimos, con ignorante indulgencia, que se adentren solos en un cyberespacio que, precisamente por sus dimensiones casi bíblicas, bien puede tener más de peligroso que de didáctico o lúdico, lo cual hacemos, a la postre, con una bien extraña y censurable tranquilidad.

En cualquier caso, el fomento en nuestros hijos de un uso inteligente, sano y crítico de las TIC está, sobre todo, en nuestras manos, pese a que la escuela tiene también un importante papel en este aspecto. García Fernández así nos lo ha demostrado con datos difícilmente discutibles en una obra que, desde un punto de vista casi antropológico, nos recuerda con sutil brillantez que estos jóvenes y el mundo en el cual están creciendo, poco o nada tienen que ver con el nuestro y con lo que hemos vivido. Muy recomendable.

*Francisco Raso Sánchez*  
*Facultad de Educación, Universidad de Granada*